LOS DESLICES DE MONSEÑOR

Hasta hace poco el arzobispo de San Juan, Jaime P. Davis, mantuvo intocada su aureola respetable de prelado católico. Sus feligreses gozaban las bondades de su pastoreo espiritual a través de sus suaves modales eclesiásticos, de su tolerancia apostólica y del ancho sentido de perdón que parecía emerger de su mirada y de su sonrisa. Hasta hace poco la figura aparentemente sosegada de monseñor Davis mereció el respeto de sus feligreses y del pueblo de Puerto Rico.

Tras las cartas pastorales, a las que dió su firma el arzobispo Davis, el país vió, no sin hondo desencanto, cómo se eclipsaba de súbito la aureola de respeto que seguía al arzobispo. En pocas horas su mansión y su catedral fueron piqueteadas por feligreses decepcionados, y por el pueblo. Monseñor fué abucheado sucesivamente frente a la catedral, en el aeropuerto y frente a un hotel al que iba a pronunciar un discurso.

El injerto de la religión en la política concebido por las cartas pastorales que le han roto los nervios al país, echó por la borda el sentimiento general que distinguía con su espontánea devoción a monseñor Davis. En realidad es deplorable que ocurriese tal cosa. Y ciertamente, jamás le había sucedido algo igual a la fe católica de nuestro pueblo. El grave desliz de las pastorales, ha colocado a monseñor en el plano inclinado de otros deslices no menos discordantes, que no sólo difuman su aureola de estimación, sino que lo colocan en desacuerdo con las distinciones que le prodigaban sus feligreses y, en general, con la ciudadanía puertorriqueña.

Desencajado de sus funciones apostólicas y metido a político, monseñor Davis reincide de nuevo en la prodigalidad de dos actuaciones que nada tienen que ver con las virtudes religiosas, sino con la versatilidad del lado casquivano del partidismo que arremete como adversario y ofrece explicaciones de perspicacia componedora.

En el primer caso, monseñor elogia a los abogados políticos que, el viernes pasado en la asamblea del Colegio, defendieron la invasión de lo religioso en lo político de las pastorales que han fraccionado el país, mientras insulta como agentes de "una pre-determinación bien pagada", a los 488 abogados que le dieron su desaprobación enérgica al acto inconsulto de los obispos.

Y en el segundo caso, al negar que hubiese llamado "ignorante" al pueblo puertorriqueño, monseñor lo hace soltándole una nueva burla al país, pues expresa que lo que dijo fué "que la ignorancia religiosa en América Latina era uno de los problemas más grandes de la Iglesia, y que uno de esos países era este."

Como se puede ver, los deslices clericales y ofensivos de monseñor Davis, son de los que remachan el clavo. Según su nueva versión, nuestra ignorancia no es directa ni exclusiva, sino que la padecemos por ser uno de los países latinoamericanos.

Tan cruda está siendo la ingerencia de monseñor en nuestros asuntos, que no sería extraño que un día cualquiera se declare nuestro benemérito civilizador. ¡Sí que espanta Davis!